

prudencia humana, y M. de Villele, conociendo la imposibilidad de resistir á un arranque tan general del corazon de Europa, olvidaba las antipatías de Fabvier contra los Borbones y felicitándole por sus servicios personales, dejábale esperar, sino un concurso armado en favor de la independencía de la Grecia, cuando ménos la interposicion eficaz de Francia entre las víctimas y los verdugos.

## XVII

Entretanto recibia la independencía de Grecia en Egipto el golpe mas terrible é inesperado. Alí-Bajá que impedia hacia tres años la irrupcion decisiva del gobierno otomano en Morea entreteniendo muchas de sus fuerzas, tocaba á su última hora. Un ejército de cuarenta mil hombres á las órdenes de Kourchid-Bajá le bloqueaba cada dia mas estrechamente en el castillo de Janina. Seguro Alí de sus fortalezas, de su guarnicion, y de un pequeño número de defensores desesperados, comprometidos todos ellos con él en su rebelion y crímenes, y sin mas perspectiva que el suplicio ó la victoria, miraba con indiferen-

cia las tiendas de campaña de sus enemigos en derredor de sus fortalezas, recibiendo, pero sin contestar, las balas de cañon que apénas lastimaban sus murallas. Solo una traicion podia vencerle y á ella recurrió la Puerta. El director de su artillería, Caretto, oficial napolitano, á quien habia salvado la vida en un momento en que los turcos iban á inmolarle, como espacion de las relaciones amorosas que tenia con una jóven musulmana, asesinada á causa suya á pedradas, desertó una noche del castillo del lago, bajando por las murallas con una cuerda que sujetó fuertemente á un cañon, pasándose al campo de Kourchid.

No solo privaba esta desercion á Alí de su mas hábil ingeniero, sino que informaba á Kourchid del secreto [de su debilidad. Descontenta una parte de la guarnicion por la ingrata avaricia de Alí, se retiró de los fuertes y la Puerta aprovechó el desaliento de los sitiados para abrir con su anciano jefe una de esas negociaciones, verdaderos preludios de muerte para los sublevados que las aceptan. Entre las proposiciones que Kourchid hizo á Alí, garantizábale, como recompensa de su sumision y arrepentimiento, la vida, la libertad, sus mujeres, sus tesoros, su título de visir y un destierro espléndido, con su familia, en una comarca del Asia-Menor. Una vez acepta-



das por Ali, se enviaron á Constantinopla para que las ratificase el sultan, devolviéndolas bajo forma de tratado que garantizasen el perdon y las promesas de la Puerta.

So preteto de remitir solemnemente dicho tratado ratificado á Ali, y de recibir la sumision de este al sultan su supremo amo, exigió Kourchid que saliese del castillo inespugnable de Janina, y se trasladase á una isla del lago donde tenia una casa de recreo ménos inaccesible y fortificada, donde tendria lugar la entrevista á fuerzas iguales. Ali-Bajá tuvo la imprudencia de acceder á ello, si bien ántes de salir del castillo dejó en sus muros una prenda de su seguridad ó de su venganza. Uno de sus seides albaneses llamado Fethim, jóven comprometido por los juramentos mas horrorosos respecto de una raza que considera sagrada la religion del juramento, quedó de centinela con mecha encendida en la puerta de un depósito de doscientos mil quintales de pólvora sobre los cuales estaban acumulados todos los tesoros del visir, y cuya esplosion, que estaba á merced del jóven esclavo fanático, sepultaria á la vez y á la menor señal, las riquezas de Ali, su haren, la ciudad de Janina y el ejército turco que intentase ocuparle durante su ausencia.

## XVIII

Garantizado así contra toda sorpresa trasportóse Ali con su jóven esposa Vasiliki, algunos esclavos y un puñado de sus mas intrépidos albaneses á la isla del lago designada para las negociaciones y la entrevista, situándose en un kiosko de placer, protegido solamente por el lago y algunas empalizadas. Llevó pólvora y armas, esperando, no con toda seguridad, la visita de Kourchid y su entrega del tratado que, segun le decian, habia llegado de Constantinopla al campamento de los turcos. Afectando Kourchid una indisposicion que le retenia en su tienda dejaba pasar dias y dias en mensajes y contemporizaciones, que le ofrecian ocasiones para corromper la guarnicion del castillo de Janina abandonada á sí misma. Pero todo esto no era bastante mientras que el fanal del castillo cerca del cual estaba el esclavo Fethim, ardiese amenazando sepultar á los sitiadores de la fortaleza de Ali.

La astucia hizo lo que no podia la fuerza. Kourchid y sus generales juraron á Ali por el Coran que



el indulto del gran-señor estaba entre sus manos, pero que ántes de entregársele el honor de su soberano comun exigía que aquel indulto, prenda espontánea de la magnanimidad de su amo, no fuera considerado como una concesion al miedo, y que por lo tanto era preciso que se apagase el fanal que ardia cerca de Fethim y del depósito de la pólvora. Presintiendo Alí por primera vez un lazo y pretestando que su esclavo Fethim no obedecería mas que á su voz, pidió que le dejasen volver al castillo para darle él mismo sus órdenes en la fortaleza, mas ya era tarde; las barcas turcas interceptaban las comunicaciones entre la isla y las orillas y viéndose obligado Alí á fiarse hasta la imprudencia en la palabra de sus enemigos, tuvo por fin que entregar á los oficiales de Kourchid un anillo que llevaba suspendido al cuello, y que era entre Fethim y él la señal secreta de una obediencia ciega. Los oficiales de Kourchid, dueños de aquel anillo, vuelven á su campamento, dirígense desde allí al castillo; y enseñan al esclavo el talisman de su amo. El jóven fanático reconoce el anillo, inclínase como señal de respeto, y apaga al instante el fanal. Apénas se habian apagado las últimas chispas, es cosido á puñaladas, quedando su cadáver á la puerta del subterráneo. Ningun ruido habia traspasado desde lo alto de las murallas del castillo, y así es

que Alí, confiando todavía, miraba tranquilamente desde las ventanas de su divan las olas del lago que no debian tardar en llevarle las barcas de Kourchid y el perdon del sultan.

## XIX

Llegaron en efecto hasta mediodia, con los principales oficiales de Kourchid, desembarcando estos con muestras de respeto, aunque cubiertos de armas, en la playa donde se elevaba el kiosko de Alí.

Esperábalos este rodeado de una docena de sus mas determinados seides, en una especie de terrado que, sostenido por columnitas de madera, y segun la arquitectura oriental, adornaba la fachada del kiosko, y detrás del cual se hallaban las habitaciones y el haren del visir. Hassan-Bajá, Omer-Briones, Mehmet-Silihdar, porta-sable de Kourchid, y un grupo de sus principales jefes, desembarcaron con sombrío rostro y subieron los escalones del terrado. No viendo Alí á Kourchid y presumiendo por la preocupada fisonomía y armas de sus oficiales que llevaban la traicion y la muerte en vez del tratado, levántase,



toma una pistola de su cinturón y dirigiéndose con tremenda voz á Hassan-Bajá : « ¡Alto! » esclama, « ¿ qué traéis ? — La orden del sultan, » responde Hassan : « ¿ Reconocéis estos augustos caracteres ? » y desplegando á sus ojos las letras doradas que adornan los firmanes del gran-señor. « Someteos á la suerte, » dijole, « ¡ haced vuestras abluciones é invocad á Alá y al Profeta ! ¡ El sultan os pide vuestra cabeza ! — Mi cabeza, » respondió Ali, « ¡ no se entrega tan fácilmente ! » y sin esperar la respuesta de Hassan tiéndole á sus piés atravesándole el muslo de un balazo y con la segunda pistola mata al jefe de estado mayor de Kourchid, mientras que sus oficiales, y á su cabeza Constantino Botzaris, jefe de los souliotes, en rehenes en su palacio, y sacrificándose por gratitud por su causa, hacen fuego á ejemplo suyo sobre el grupo de otomanos llenando la escalera del kiosko de cadáveres. Pero Ali recibe una bala en el costado y sacando de su pelliza la mano teñida de sangre y enseñándosela á Botzaris : « Corre, » dicele, « y degüella á mi mujer Vasiliki para que me siga á la tumba y no puedan esos traidores manchar su hermosura. » Apenas acababa de pronunciar estas palabras pasó una bala por debajo del piso de madera del terrado y le atraviesa los riñones haciéndole bambolear como un hombre ebrio. Apó-

yase un instante en la reja de una ventana y al fin cae; acto continuo sus palikares se arrojan á nado con Botzaris en las olas del lago para refugiarse en un escollo vecino y evitar así la venganza de Kourchid, y los turcos, sin enemigos, suben las escaleras sangrientas del terrado, arrastran á Ali por su barba blanca fuera del kiosko, apoyan su cuello en un escalón de piedra, y cortándole la cabeza la mandan en un cofre de plata dorada al sultan.

Su esposa, la jóven griega Vasiliki, fué conducida sin el menor ultraje á la tienda de campaña de Kourchid, donde derramó abundantes lágrimas viendo al dia siguiente cargados de cadenas á los ministros y oficiales de su marido, y sirviendo de juguetes á la soldadesca turca los tesoros y decoraciones de su palacio. Pidió que se la dejase hacer los honores fúnebres al cuerpo del héroe del Epiro, á quien adoraba no obstante la diferencia de edad y culto, y habiéndole concedido esta gracia, Janina y las montañas del Pindo, resonaron con los sollozos de Vasiliki y la afliccion de las poblaciones griegas ó musulmanas de aquellas comarcas salvajes, de las cuales Ali era á la vez el héroe, el terror y la gloria. El sultan relegó á Vasiliki en una aldea de aquellas montañas, los tesoros de Ali recompensaron al ejército de Kourchid, y los turcos, libres del obstáculo que les opuso aque-



lla rebelion por espacio de tres años, desbordaron en masa del Epiro en la Morea. Todo sucumbió un momento bajo el hierro y las llamas, resonando los gritos de los griegos con mas desesperación y piedad en Europa.

## XX

Si bien los pueblos los oían, los soberanos se negaban aun á oírlos. Mas leal que Catalina II y temiendo el emperador de Rusia estimular en Grecia el genio de las revoluciones que habia jurado ahogar en Francia, Italia, España, Alemania, aplazaba su política de ambicion para obedecer á su política de principios. Meternich temia abrir en las fronteras de Austria los volcanes de opinion que amenazaban la Alemania. Prusia vacilaba como siempre entre Inglaterra, Austria y Rusia. La misma Inglaterra veía con recelo la resurreccion intempestiva para ella de una nacion cuyo desmembramiento debilitaria á Turquía, y abriría quizá los Dardanelos á las flotas futuras de la Rusia creando en el Mediterráneo una marina en competencia con su navegacion comercial. En fin la

Francia, que no calcula, pero que se conmueve, flotaba, enternecida pero indecisa, entre su compasion hácia la raza cristiana y su vieja alianza con los sultanes. Acercábase el momento en que su gobierno, arrastrado por la opinion pública, tenia que deliberar sobre una segunda intervencion, méntis impolítico, pero magnánimo á su intervencion contra-revolucionaria en España.

Ipsilanti que al salir de la infancia habia entrado en la córte de Rusia donde, desde la mas remota antigüedad, los escitas acojen siempre bien á los griegos, habia llegado por el favor de la córte al empleo de general del ejército ruso, perdiendo un brazo en los combates de Alejandro contra los franceses, en Alemania. Jóven, arrojado, ardiente, tanto ó mas ambicioso que patriota, habia aprendido en los salones y campamentos del emperador esa fraternidad tradicional de los dos pueblos que recomienda á los griegos los rusos como compatriotas del Norte, á los rusos los griegos como una rama de su familia de Oriente, y soñando no pocas veces con una corona tributaria como la que el favor de Catalina habia colocado en las sienas de Poniatowski en Polonia, reunia en derredor suyo, primero en Viena, despues en Besarabia, todo lo mas escogido de la juventud griega, letrada, liberal ó heróica, con la cual queria for-



mar el núcleo del patriotismo helénico. Aquella juventud habia tomado en su asociacion secreta el nombre de *hetereitos* ó de los *amigos*. Suponíase y no sin fundamento, que una asociacion que contaba en su seno favoritos y hasta ministros de Alejandro, no era desaprobada por aquella córte, y el envio de una flota rusa por el mar Negro á Constantinopla, combinado con una sublevacion del Peloponeso y de las islas, no dejaba á los turcos mas arbitrio que la huida al Asia. El reinado de los rusos en el Bósforo era el reinado de los griegos restableciendo el imperio en su capital, tan largo tiempo usurpada.

Este pensamiento ó ensueño, que alimentaba las esperanzas del Peloponeso y de las islas, Grecia iba á intentarle, Europa á secundarle. La fatalidad que arrastra á los pueblos á los resultados que mejor ven y mas temen, no se manifestó nunca con mas evidencia en los sucesos humanos. A pesar que Rusia, una vez dueña del Bósforo, de Constantinopla y de la Grecia, era la monarquía universal de Europa, del Asia y del Mediterráneo, Europa repetia el grito de libertad que resonaba en las montañas del Epiro precipitándose toda entera contra sus propios intereses en la pendiente que dominaba el mundo. Sirviendo la fé de pretexto á la libertad, y miéntras que

la filosofía moderna minaba ó reformaba el cristianismo en Europa, el liberalismo europeo enarbolaba la causa del cristianismo en Grecia y predicaba cruzadas en nombre de la revolucion. Nueve años de encarnizada lucha no habian postrado el patriotismo de los griegos ni modificado la resolucíon de Mahmoud; Europa vacilaba para decidir la querella.

La noticia de la batalla naval de Navarino llegó á Francia en medio de la conflagracíon de los partidos y en vísperas de retirarse M. de Villele, como para iluminar su decadencia con un postrer resplandor de fortuna, si bien la opinion pública se atribuya con razon aquella gloria, ántes que concedérsela al ministro. En realidad, la opinion era la que habia hecho fuego en la bahía de Navarino sin orden ni pretexto, la historia debe decirlo al fin, puesto que es la conciencia de las naciones desleales, los almirantes europeos que mandaban la flota inglesa y la flota rusa, combinadas con la flota francesa son los únicos autores de aquella gloria ó de aquel atentado. Nada mas justo que consignar los hechos ¡tales como fueron.

Hase visto que mediante un convenio entre las tres potencias, Rusia, Francia é Inglaterra, habian impuesto el arbitraje armado entre la Grecia y el imperio otomano. En aquella época y despues de haber



devorado sucesivamente los ejércitos que el sultan Mahmoud habia enviado para someterla, Grecia sucumbia ante los ejércitos egipcios que habian corrido á socorrer el islamismo, mandados por Ibrahim-Bajá, vasallo del sultan é hijo de Mehemet-Ali, bajá de Egipto. Dueño Ibrahim de la Morea por sus tropas, y dueño además del mar por las flotas egipcias y turcas, esperaba inmóvil el resultado de las negociaciones entre las potencias y el sultan, dispuesto á ejecutar las condiciones del tratado que se ajustase y á evacuar ó conservar el continente griego. Las partes beligerantes habian firmado un armisticio de un mes, para dar tiempo á las negociaciones, y aun cuando dicho armisticio espiraba el 20 de octubre 1827, no solo no se habia dirigido á la Puerta ninguna declaracion de guerra, sino que por el contrario existia de hecho y de derecho una paz tácita entre las potencias cristianas y el generalisimo de las fuerzas otomanas. Los tres almirantes Heyden de los rusos, Codrington, de los ingleses, de Rigny, de los franceses, cruzaban y estacionaban delante de las costas de la Morea como testigos mediadores, y no como enemigos, correspondiendo diariamente con Ibrahim.

Solo exigian de él que contemporizase y cesase las hostilidades con los griegos, por un interés de huma-

nidad que Ibrahim comprendia y ejecutaba voluntariamente esperando los resultados de la negociacion abierta en Constantinopla.

## XXI

Durante esta especie de tregua tácita, la flota egipcia y turca combinada habia echado el áncora, colocándose en tres líneas de popas, que formaba media luna, bajo la proteccion de los fuertes de Navarino. Constaba de noventa buques, entre los cuales habia cuatro navíos de línea, diez y seis fragatas, y treinta corbetas, materiales y arsenal inmenso de todo el Oriente. Mandábala Tahyr-Bajá, el cual tenia á sus órdenes diez y seis mil turcos y egipcios. Imponente, pero llena de confianza, puesto que Turquía y Egipto no estaban en guerra con ninguna de las potencias navales de Europa, dicha flota se habia reunido y estrechado en uno de los lados de la bahía de Navarino, como para dejar sitio á las flotas combinadas de las potencias en un mar neutro. Merced á tanta confianza, todas las fuerzas navales de Egipto y Turquía se habian colocado espontáneamente tan pega-



das una á otra, que, con un solo cañonazo europeo, podian ser instantáneamente incendiadas. Estaban tan léjos de temer la menor hostilidad, que el generalísimo Ibrahim, ya sea por la confianza que tenia en el derecho de las naciones, ya por no saber que contestar á las impacientes preguntas de los almirantes, habia dejado por algunos dias su cuartel general de Navarino, para visitar sus cuerpos de ejército en el Peloponeso. El primer plazo impuesto á la Puerta espiraba para las potencias el 20 de octubre, pero habiendo sido admitidos de hecho otros plazos que exigian las distancias y la lentitud de tan espionosa mediacion, nada motivaba, ántes de hacer las declaraciones formales y prealables de las hostilidades, una agresion súbita é imprevista por parte de los almirantes europeos.

Sus tres escuadras que habian entrado hacia mucho tiempo en la bahía, habia fondeado en plena paz en frente y tocando casi los buques otomanos, cuyos principales oficiales estaban en tierra con entera seguridad. Las leyes de la paz y las leyes de la guerra, la neutralidad, la lealtad, la humanidad, todo imponia á los comandantes de las tres escuadras una actitud digna, conforme sin duda alguna con las instrucciones escritas de los tres almirantes, mas escitados por el soplo de popularidad ardiente que se

apasionaba entónces del espíritu de religion, de libertad y de humanidad en favor de la Grecia, impacientes por distinguirse con una apariencia de triunfos á cualquier precio á la cabeza de las fuerzas navales cristianas, los almirantes no escuchaban mas que sus propios deseos, contando además con los aplausos públicos para justificar á su gobierno y á la Europa la sangre derramada, cuya falta perdonaria fácilmente á los ojos de la opinion una victoria popular. Además las instrucciones verbales ó tácitas, que recibieron al marchar aquellos almirantes de los fanáticos de la causa griega en Lóndres, San Petersburgo y Paris, les daban una latitud tal, que podian prescindir de sus instrucciones escritas.

A tal punto desbordaba la opinion pública á los gobiernos que, á pesar de haber prohibido las tres potencias formalmente á los comandantes de sus escuadras todo acto de agresion, el duque de Clarence, despues rey de Inglaterra y entónces gran almirante, al entregar al almirante Codrington las órdenes del almirantazgo, habíale dicho, apoyando sus palabras con un gesto militar: « ¡ Nada de temporizaciones, y obrad con energía! » Rusia ganaba demasiado popularizándose con una brillante intervencion entre seis millones de sus coreligionarios griegos en Europa y Asia, para no sofocar sus escrúpulos, y



Francia mas interesada que las otras dos potencias en no dejar destruir en el Mediterráneo las fuerzas navales de una potencia amiga, único contrapeso para las flotas de Inglaterra y Rusia en Oriente, habia confiado su escuadra á un oficial jóven, ambicioso y de gran fama, que se conceptuaba feliz hallando la ocasion tan rara de ilustrar á la vez su pabellon y su nombre en una causa que todo lo dispensaba el valor.

## X XII

Un cañonazo casual ó comprometido, que salió no se sabe de qué bordo, en medio de aquella confusion de las cinco escuadras en una misma bahía, fué el pretexto ó la señal del combate. El almirante inglés tomó el mando por derecho de edad; seguro del concurso de sus dos colegas, lanza todos sus proyectiles á la flota otomana; los almirantes de Rigny y Heyden abren inmediatamente el fuego contra los navíos mudos todavía que tenian delante. Una esplosion continua domina y destruye uno á uno los buques turcos. A pesar de las andanadas de las tres escuadras,

de no poderse mover, de hallarse tan unidas que se comunicaban el incendio que los devoraba, egipcios y turcos responden con la intrepidez del fatalismo al fuego de los cristianos. Sus baterías, que apagaban las olas donde se sumergian, tiraron hasta el último cañon que sobrenada en sus portañolas, pero sus navíos saltan en mil pedazos bajo la esplosion de los pañoles, cubriendo el cielo de humo, la bahía con sus destrozos; los cordages que cortan las balas ó consumen las llamas dejan derivar sobre los arrecifes los humeantes cascos de sus navíos. En dos horas, ocho mil hombres de sus flotas cubrieron los puentes y olas con sus cadáveres; apenas revelaban á las escuadras europeas algunos centenares de hombres heridos en las baterías de los fuertes las convulsiones de la agonía de la flota otomana. Al disiparse el denso humo solo se descubrieron los restos incendiados de noventa buques de guerra, los cuales llevaban las olas, como una expiacion, al pié de las costas escarpadas de la nueva Grecia.

Tal fué, no la victoria, sino la ejecucion de Navarino; un grito de horror la anunció al Asia; un grito de libertad la saludó en Grecia, un grito de entusiasmo la aplaudió en Europa. Cuando recobró esta la serenidad no sabia qué nombre dar á aquella hoguera de ambas flotas: heróica para unos, para otros era



incendiaria. Decidióse guardar silencio, temiendo profundizar demasiado los misterios y encontrar alguna iniquidad.

Asegúrase que el almirante de Rigny, ébrio primero de la popularidad con que la causa griega pagó su participación en el incendio naval de Navarino, reprochóse despues una gloria que no podia justificar plenamente su conciencia, y que los escrúpulos de Navarino turbaron su vida y aceleraron su prematura muerte.

Respecto á Francia solo consideró en aquellos momentos tan gran suceso como un triunfo para la religion, para la libertad y para ella misma, y si alguna cosa hubiera podido devolver al rey de Francia y á M. de Villele su perdida popularidad, ambos la hubieran encontrado en Navarino, como ya pensaban reconquistarla en Argel; mas las popularidades son fugitivas y las impopularidades implacables. Navarino y Argel lo probaron á Carlos X.

### XXIII

Reunidos los representantes de las potencias occidentales en el congreso de Viena, y no atreviéndose

todavía á desmembrar el imperio de Mahmoud II, estipularon que Grecia reconoceria siempre la soberanía del sultan á quien pagaria el tributo, recordando solamente con su gobierno propio y hereditario las constituciones de Valaquia ó de Moldavia.

A este acto del 16 de noviembre de 1828 repudió con un grito de indignacion el dictador provisional del Peloponeso, el conde Capo de Istria, protegido de la Rusia, y tan cumplido hombre de Estado como patriota; pero armando el jóven Mauromicalis y su sobrino una conjuracion aristocrática de los jefes y amigos de su familia, para derrocar al dictador, Capo de Istria cayó bajo las balas de un grupo de asesinos que comenzaban la independencía con un crimen. Preso su jefe en casa del ministro de Francia, fué fusilado al pié de un plátano, y los salvajes cleftas de las montañas lloraron á los dos asesinos, comparándolos con Harmodius y Aristogiton. Aquellos fanáticos habian asesinado con Capo de Istria la luz y la virtud de su nueva patria.

Francia, Rusia é Inglaterra propusieron entónces la corona independiente de la Grecia al príncipe Leopoldo de Sajonia-Coburgo, viudo de la princesa Carlota de Inglaterra, y candidato natural para todos los tronos secundarios que conviniese á la diplomacia crear. Francia nombró ministro plenipotenciario



cerca de este rey de Grecia al autor de esta relacion, mas el príncipe de Sajonia-Coburgo no se decidió á aceptar aquel trono por las prodigiosas dificultades que presentaba la creacion de una monarquía constitucional en una comarca donde, demasiado antigua ó demasiado reciente, la civilizacion no prometía mas que largas oscilaciones al gobierno. El jóven príncipe Othon de Baviera fué proclamado rey de los Griegos.

Hemos anticipado algunos años estos sucesos para referir sin intervalos el desmembramiento de la Grecia. Volvamos al año 1826 y asistamos al esfuerzo heróico y desesperado de Mahmoud para regenerar el imperio tan desmantelado.

## XXIV

Hemos visto que la cobardía, insolencia é indisciplina de los genizaros habian sido en los tres últimos reinados el oprobio y decadencia de los ejércitos otomanos. Esta institucion no solo habia entregado la Crimea, Besarabia, Moldavia y Valaquia á los Rusos, sino que abandonaba entónces el Peloponeso y

las islas á los Griegos sublevados. La opinion pública, irritada contra una milicia que no sabia mas que turbar y no defender el imperio, secundaba el resentimiento de Mahmoud, ofreciéndole al fin la ocasion que tanto habian anhelado sus predecesores y él mismo. Conspiró pues al fin á su vez contra sus eternos conspiradores. La degollacion de los strelitz no habia sido para Pedro el grande mas que una explosion de cólera, la estincion de los genizaros fué para Mahmoud un plan concertado.

## XXV

Aunque seguro del gran visir, cuya autoridad absoluta habia declinado y cuyo título habia sido suprimido, apoyado por Hussein, bajá de Widdin, creador de las tropas disciplinadas y tan pronto siempre á exterminar como á organizar para salvar á su amo, autorizado por el muftí, oráculo venerado de la ley, aunque abiertamente estimulado por los ulemas, órganos de la opinion religiosa, Mahmoud, ántes de vengarse, quiso provocar un flagrante delito de rebelion y de crimen en la milicia proscrita. Con este